

Tema 5. LOS RITOS FUNERARIOS

La muerte en GRECIA, como en todas las sociedades antiguas, tenía especial importancia en el grupo familiar. Para los atenienses era fundamental ser enterrados en su tierra natal; por ello se intentaba siempre recuperar los cadáveres de los soldados muertos en campañas lejanas.

Los ritos funerarios debían ser ejecutados por las personas adecuadas: los parientes, especialmente los hijos, que estaban obligados a asumir los gastos funerarios. Las mujeres de la familia, muy allegadas al difunto o, en su caso, de más de sesenta años, debían preparar el cuerpo: bañarlo, ungirlo con aceite, envolverlo en un sudario que dejara el rostro al descubierto y adornarlo con coronas, cintas y joyas. La ley prohibía enterrar a un hombre con más de tres prendas, pero se solía poner en la boca del difunto una moneda, con la que éste pagaría al barquero Caronte la travesía del río del Infierno. Al día siguiente el cadáver se exponía (*prothesis*) en la casa del fallecido o de un pariente próximo, con los pies dirigidos hacia la puerta, en donde se velaba durante uno o dos días. Podía acudir cualquier hombre, pero estaba restringida la presencia de las mujeres a las de parentesco más próximo. La *prothesis* servía para confirmar la muerte y daba lugar al lamento funerario, protagonizado por las mujeres, que, vestidas de negro y con el cabello recogido, se golpeaban el pecho y cantaban el lamento ritual, aunque a menudo se contrataban plañideras profesionales para el *treno fúnebre*. Delante de la casa se colocaba un vaso de agua lustral traída de una vivienda vecina porque la de la casa propia se consideraba contaminada. Con ese agua se rociaban los que salían del velatorio para purificarse, y el propio vaso situado en la puerta avisaba del fallecimiento.

Al tercer día, antes de la salida del sol, se celebraba la procesión (*ecforá*) hacia la sepultura, que la ley obligaba a celebrar sin grandes ostentaciones, por calles secundarias: Para que la muerte no mancillara la luz del sol y porque los ciudadanos no debían intentar sobresalir ni en vida ni en la muerte por sus recursos económicos. Se llevaba al muerto sobre el mismo lecho en el que había estado expuesto, en hombros de sus familiares o en un carro. Al frente del cortejo va una mujer portadora de un vaso para libaciones, luego los hombres y tras ellos las mujeres, cuyo atuendo estaba determinado por la ley (luto negro, gris o blanco). El cortejo fúnebre llegaba hasta la tumba, siempre fuera de las murallas de la ciudad, o en las posesiones familiares. Allí se inhumaba el cuerpo o se quemaba en una hoguera (según la condición social familiar, ya que la cremación resultaba costosa) recogiendo las cenizas en una vasija, sin apenas ceremonia, porque la ley prohibía los sacrificios en las sepulturas. Sólo se purificaba la tierra y se hacían libaciones, tras lo cual la comitiva regresaba a la casa donde se celebraban largas ceremonias de purificación, pues la impureza provocada por el contacto con la muerte era la peor de todas. Los parientes del muerto se lavaban todo el cuerpo y luego participaban en la comida fúnebre. Al día siguiente, con agua del mar, se purificaba la casa. Tras todo ello se sucedían los banquetes al tercer día, al noveno, al trigésimo después de los funerales y los días de aniversario.

El lugar del enterramiento se marcaba con un elemento que sobresalía del suelo: desde un simple montón de tierra, una construcción de piedra o ladrillo o, más frecuentemente, una estela que tendía a adoptar la forma humana o representar al muerto. Así se conseguía recordar al difunto y evitar la violación de la tumba. Un elemento característico de los enterramientos griegos eran los *epitafios*, pequeños poemas de elevada calidad literaria que informaban al caminante sobre la personalidad del difunto, la forma de su muerte y la huella que había dejado entre los vivos.

En Roma las relaciones de los vivos con los muertos manifiestan una cierta desconfianza y bastante temor: se admira al difunto, se le honra, pero en el fondo se le tiene miedo. Su mismo contacto deja contaminada y contaminante a la familia, hasta el punto que se preferían para ciertos cargos públicos que tuvieran contacto con la religión aquellas personas que no hubieran sido contaminadas en ningún funeral.

El romano pensaba que con esta vida acababa todo y que la única manera de conseguir la inmortalidad era perdurar en la memoria de los hombres. Todo romano tiene al menos teóricamente la inmortalidad, ya que al morir, pasa a ocupar un lugar en el *lararium* (altar doméstico) y será venerado por su hijo, por este motivo eran tan numerosas las adopciones en Roma: todo ciudadano ha de tener un hijo, suyo o adoptado, que continúe el culto familiar.

Cuando un ciudadano romano entra en la agonía, se le deposita en tierra de la que su padre lo levantó al nacer, en donde su primogénito recoge su último aliento en un beso a la vez que le cierra los ojos, ordenando al esclavo más antiguo de la casa que apague el fuego del hogar familiar. Entre todos los seres queridos levantan el cadáver, lo colocan en el lecho y se despiden de él, por turno, llamándolo por su nombre, *conclamatio*, mientras las mujeres de la casa prorrumpen en histéricas lamentaciones, gritan, lloran y se arañan el rostro; por contra, los hombres reprimen, romanamente, toda manifestación externa de dolor. Tras lavar el cuerpo del difunto con agua caliente, afeitarlo y perfumarlo se le amortaja colocándolo en el atrium de su casa que estaba adornado con flores y lámparas; la exposición podía durar varios días. De su rostro se sacaba una máscara de cera que pasaría a formar parte del *lararium*. Bajo la lengua se le coloca una moneda de plata, el óbolo que el difunto pagará a Caronte.

Un correo anunciará el funeral a los conocidos de la familia. Concluida la exposición se organizaba una comitiva fúnebre, *pompa*, encabezada por tocadores de flauta y trompetas, a los que seguían unos esclavos portando antorchas, un grupo de plañideras y los familiares que portaban las imágenes de los antepasados (*cerae*). El difunto iba colocado sobre unas parihuelas seguido de sus familiares, clientes, esclavos y conocidos. Si era de familia ilustre, la comitiva pasaba por el Foro a la hora más concurrida, en donde el cortejo se detenía para que un familiar, próximo al difunto, pronunciara la oración fúnebre, *laudatio funebris*, en la que se ensalzaban las preclaras virtudes del fallecido. A veces, la comitiva iba acompañada de un bufón que hacía chistes en voz alta, como réplicas sarcásticas a las alabanzas de la *laudatio*.

Según su condición social se procedía a incinerarlo -clase alta- o a inhumarlo -pobres-. Antes de depositarlo en la pira, recibe el último beso de su viuda y ,tras lo cual, su hijo le abre y cierra los ojos. Una vez encendida la pira, los familiares o amigos le arrojaban ofrendas o flores. Ésta se apagaba con vino y se recogían los huesos para ponerlos en una urna que se colocaría en un monumento funerario habitualmente situado en las principales vías de salida de la ciudad. Aquí se despide el duelo. Los asistentes tenían que purificarse al llegar a sus casas.

Los romanos de condición más humilde, para garantizarse un entierro honorable se hacían cofrades de algún *collegia funeraticia* que custodiaría las cenizas en una urna que se instalaba en un nicho doble del columbario de la hermandad. Allí acudirán los familiares para llevar flores y ofrendas de trigo y para encender una lámpara el día de difuntos, en el mes de febrero (del 13 al 21). Durante esta novena los magistrados no ostentaban sus insignias, los templos estaban cerrados, no brillaba el fuego en los altares ni se contraían matrimonios.

BIBLIOGRAFÍA:

GIARDINA, A. y otros. El hombre romano. Madrid, Alianza, 1991

PAOLI, U. Urbs. La vida en la Roma antigua. Barcelona, Iberia, 1973.

KOVALIOV, S.I. Historia de Roma, Madrid, Akal, 1979.

PIGANIOL, A. Historia de Roma. Buenos Aires, Eudeba, 1981.

CARCOPINO, J., La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio, Madrid, Temas de Hoy, 1984.

ETIENNE, R., La vida cotidiana en Pompeya, Madrid, Aguilar, 1971.

HACQUARD, G.-DAUTRY, J.-MAISANI, O. Guide Romain Antique. Paris. Classiques Hachette, 1952.

BOARDMAN, GRIFFIN, MURRAY. Historia Oxford del Mundo Clásico I y II. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

GUILLEN, J. Urbs Roma. Salamanca, Sígueme, 1977.

COULANGES, F. La ciudad antigua. Barcelona, Ediciones Península, 1984.

ROLDÁN HERVÁS, J.M. Historia de Roma, Salamanca, Ediciones Universidad, 1995.

GASCO, F. Sociedad y Cultura en tiempo de los Severos. Madrid, Coloquio, 1988.

VV.AA., Historia de la vida privada I: Imperio Romano y Antigüedad tardía, Madrid, Taurus, 1991.

HIDALGO, M.J., SAYAS, J.J., ROLDÁN, J.M. Historia de la Grecia Antigua. Salamanca, Ediciones Universidad, 1998.

SCHMITT PANTEL, P. Historia de las mujeres en la Antigüedad. Madrid, Taurus, 1991.